





VIVIR EN EL ENTRETANTO

*Vivir en el entretanto, servir a Jesús durante la noche de Su rechazo en la Tierra.*

Copyright © 2014 Hugo Bouter

ISBN 978-1-291-87311-5

Traducción del original al inglés por Dirk Bouter, Canadá

Revisión de la versión castellana:

David Sanz, España

© Primera edición en español: mAQuelia, 2014

Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas se han tomado de la Versión Moderna

Esta obra no será reproducida ni transmitida total o parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, grabación o registro en cualquier sistema de recuperación de datos sin el permiso escrito de Maquelia.

Impreso por Lulu.com

*Printed in France*

Hugo Bouter

VIVIR EN EL ENTRETANTO

*Servir a Jesús durante la noche  
de Su rechazo en la Tierra*



## ÍNDICE

Prólogo	9
1. «GRACIAS TE DOY, OH PADRE» (V.M.)	
1.1. Dando gracias al Padre .....	14
1.2. Señor del cielo y de la Tierra .....	16
1.3. Pareció bien a Tu vista (V.M.) .....	17
2. EL HIJO REVELA AL PADRE	
2.1. Todas las cosas me han sido entregadas.....	24
2.2. El conocimiento del Padre y del Hijo.....	25
3. SEGUIMOS A UN SEÑOR RECHAZADO	
3.1. Venir a Cristo .....	30
3.2. David fue hecho jefe de ellos .....	31
4. ¿NO HABÉIS LEÍDO LO QUE HIZO DAVID?	
4.1. La libertad con la que Cristo nos hizo libres .....	38
4.2. El alimento del santuario.....	39

4.3. La espada del santuario .....	41
5. LOS CINCO PRINCIPIOS DE LA NUEVA DISPENSACIÓN	
5.1. Un nuevo sacerdocio .....	46
5.2. Una nueva perspectiva: el descanso de Dios .....	47
5.3. Un templo nuevo para el servicio .....	48
5.4. Una nueva regla: mostrar misericordia.....	49
5.5. Otra gloria del Rey: Jesús es el Señor ...	50



## Prólogo

¿Qué significa la expresión *vivir en el entretanto*<sup>1</sup>? Se refiere a que nosotros, los cristianos, vivimos en el lapso que hay entre la primera venida de Cristo a la Tierra como Hombre humilde y Su futuro retorno a ella con poder y gloria<sup>2</sup>. Implica vivir como peregrinos y advenedizos mientras seguimos al rechazado y crucificado Señor, a la vez que esperamos Su glorioso regreso. Así pues,

---

<sup>1</sup> En este breve escrito nos referimos al entretanto como el lapso de tiempo entre la primera venida de Cristo a la Tierra y Su segunda venida. Hay más cosas que son características de dicha dispensación, como el Espíritu Santo habitando en el creyente, el misterio de Cristo y la Iglesia, y la verdad del arrebatamiento de los santos, entre otras. En el pasaje de Mateo 11 y 12 el Señor no menciona estos hechos porque se trataba de algo que precedía a la cruz y a la venida del Espíritu Santo.

<sup>2</sup> Resultará útil para algunos lectores hacer ciertas aclaraciones: entre el arrebatamiento de los santos y la manifestación gloriosa del Señor en poder y majestad —es decir, el tiempo que dura la Tribulación— no habrá ningún verdadero cristiano en la Tierra. Habrá santos que pasarán por la Gran Tribulación, pero no serán cristianos.

el «entretanto» es el período de tiempo que ha de transcurrir entre Pentecostés y la parusía; es decir, entre el descenso del Espíritu Santo para unir en un cuerpo a la Iglesia y la venida del Señor a *por* ella, que serán sucedidos por Su manifestación junto *con* todos Sus santos.

En el evangelio según Mateo, el Señor se presenta al pueblo de Israel como el Rey de la promesa. Triste es decirlo, fue rechazado por su propio pueblo, como vemos claramente a lo largo de dicho evangelio. En los capítulos 11 y 12 podemos observar el giro que toman los acontecimientos en el momento en que el Señor pronuncia los ayes sobre las ciudades de Galilea que habían rehusado arrepentirse después de escuchar la predicación de las buenas nuevas. El Señor sería tratado de la misma manera que el heraldo del Rey, Juan el Bautista, a quien habían encarcelado y dado muerte. El reino de los cielos adoptaría, a partir de ese momento, una forma nueva y misteriosa durante el período en el cual el Señor estuviera ausente, «oculto», por expresarlo de esta manera, en el cielo (ver Mateo 13; Col. 3:3).

En estos capítulos de Mateo encontramos dos veces la expresión «en aquel tiempo» (cps. 11:25 y 12:1). Consideremos ahora el breve pasaje de los capítulos 11:25 y 12:8 en los que el Señor nos ofrece instrucciones importantes en relación con Sus enseñanzas sobre el reino, y con respecto a:

- a) La vida en el «entretanto» de los dos advenimientos de Cristo, siendo Él aún rechazado.
- b) Nuestras bendiciones presentes, que emanan del conocimiento del Padre y del Hijo, tal y como nos lo revela el Espíritu.
- c) El carácter de nuestro servicio y discipulado como seguidores de un Cristo ausente y glorificado.
- d) Los grandes principios de la nueva dispensación.

Gouda, mayo de 2014

*H. Bouter*



1. «GRACIAS TE DOY, OH PADRE» (V.M.)

**Antes que nada, vamos a considerar la oración del Señor pronunciada «en aquel tiempo», tal y como nos dice el final del capítulo 11 de Mateo. Fue una extraordinaria acción de gracias que Jesús expresó en un momento crucial.**

*«En aquel tiempo, respondió Jesús, dijo: Te alabo padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños. Si, Padre, porque así te agradó».*

Mateo 11:26-26

## 1.1. Dando gracias al Padre

El Señor había venido a Su pueblo como el Rey prometido, pero (como hace constar Juan) los Suyos no le recibieron. Así pues, el Rey no pudo establecer públicamente Su reino en aquel momento. Desde ese instante sería el *Sembrador* que sembraría la Palabra de Dios en el campo de este mundo (Mateo 13). No será hasta el final del tiempo, en la segunda venida de Cristo, que será establecido el Reino con poder y gloria, y en el que Israel será el centro de este futuro reino de paz y el Hijo del Hombre se sentará en el trono de Su gloria (Mateo 25:31).

Sin embargo, en el pasaje de Mateo 11, cuando Jesús se dirigía al Padre en acción de gracias la gloria venidera del Señor quedaba todavía muy lejos. En los versículos anteriores había pronunciado los ayes sobre las ciudades de Galilea, en las que se habían realizado la mayoría de Sus

milagros: Corazín, Betsaida y Capernaum. Estas ciudades no se arrepintieron aunque habían visto el poder del Reino de los cielos. No cabe duda de que el Señor se sintió decepcionado al verse incomprendido y por el hecho de que Su propio pueblo no le reconociera como el Mesías prometido. No obstante, nada pudo perturbar Su paz interior, ya que todo lo puso en las manos del Padre y supo discernir que Él era sabio.

El plan de Dios incluía el hecho de que los líderes de la nación, los «sabios y entendidos», no tuvieran ojos para ver la gloria de Cristo y que lo entregaran para ser crucificado. Este camino también traería la salvación a *las naciones*. Cristo, como Hijo del Dios viviente, empezaría a edificar Su Iglesia (Mateo 16:16-18) que consistiría en creyentes de Israel como también de los gentiles. Este secreto se revelaría a los «niños». Solo los creyentes, personas que se vuelven como niños, son llevados a la revelación que el Padre hace a través del Hijo y juntos forman el nuevo conjunto de los redimidos de la familia de Dios, la Iglesia del Dios viviente.

Jesús comienza, incluso, con una alabanza: «Gracias te doy, oh Padre (V.M.)». Esta manera que tiene de expresarse es una lección para nosotros cuando nos encontramos en situaciones difíciles. Tal vez te hayas preguntado en alguna ocasión: «¿Qué sentido tienen mi vida y el trabajo que hago? ¿Habrá alguien que me comprenda y

valore?». Si por la fe en la obra consumada de Cristo puedes llamar *Padre* a Dios, sepas entonces que hay alguien que te comprende perfectamente, por lo que puedes alzar la voz en alabanza y decir: «Gracias te doy, oh Padre» (Mateo 11:25 V.M.).

## 1.2. Señor del cielo y de la Tierra

Nuestro Padre celestial sabe mejor que nadie lo que es bueno para nosotros. ¿No es Él Señor del cielo y de la Tierra? ¿No tiene todo el mundo en Sus manos y dirige todo? ¿No recorren Sus ojos todo el largo y ancho del orbe? Esta descripción del Padre como «Señor del cielo y de la Tierra» nos trae a la memoria la reunión que tuvieron Abram y Abimelec, un suceso de profunda relevancia profética que se menciona en el libro del Génesis. Dios, en aquel entonces, se reveló como el Creador (o Poseedor) del cielo y la Tierra. El sacerdote Melquisedec salió al encuentro de Abram y lo bendijo con estas palabras: «Bendito sea Abram del Dios Altísimo, *Poseedor* de los cielos y de la Tierra» (Génesis 14:18-20 V.M.). Dios, que posee Tierra y cielo, es el Dios Supremo y Señor de Su creación. Dentro de poco, en el tiempo del fin, esto será algo evidente para todos.

Sin embargo, para nosotros que somos los hijos de Dios Él es ahora, en primer lugar, nuestro *Padre*. Con este nombre es como debemos adorarle, porque el Hijo ha venido a la Tierra a declararle y a darle a conocer como nuestro Padre. Por la



fe podemos alabar Su nombre y hacernos eco, de manera muy personal, de las palabras de Cristo: «Gracias te doy, oh Padre». También podemos adorar al Padre de manera *colectiva* en la asamblea de los redimidos. Pero en ciertas situaciones tenemos que decir también con reverencia: «Si, Padre, gracias te doy, porque así pareció bien a tu vista» (Mateo 11:26). Con esta expresión no hacemos ninguna objeción a Su santa voluntad ni nos resignamos a la fuerza, sino que *asentimos* ante ella de manera consciente. Ojalá sepamos dejar en las manos del Padre todo cuanto pudiera sobrevenir en nuestras vidas, inclusive los desencantos. Es lo que Cristo ha querido enseñarnos para que seamos partícipes del conocimiento del Padre. Al Hijo le agrada revelarnos el Padre (Mateo 11:27).

Solo hay una condición que el Señor nos pone: que seamos Sus discípulos, Sus seguidores. Tenemos que venir a Él y aprender de Él. Esto es algo que está muy bien ilustrado en la figura de «llevar puesto el yugo», lo cual significa que le reconocemos como nuestro gran Líder y Maestro y hacemos nuestro camino junto a quien es el único camino al Padre. Andar esta vía con Él, bajo el yugo que nos ha puesto, nos da el verdadero descanso. Su yugo es fácil y Su carga es ligera.

### **1.3. Pareció bien a Tu vista (V.M.)**

Cristo fue el Amado del Padre, Aquel en quien

tuvo contentamiento. Como Hijo eterno hizo Sus delicias, pero también como Hombre en la Tierra. Dios halló en el Hijo Su regocijo ya desde antes de la fundación del mundo (Proverbios 8:30), y también cuando después de hacerse Hombre tomó la forma de Siervo. En el evangelio de Mateo encontramos un doble testimonio de Dios Padre, y es que el Hijo no solo fue el Amado, sino el Hombre que además le daba complacencia. Tanto al principio del ministerio público terrenal de Cristo como hacia su final se escuchó una voz del cielo que declaraba: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17; 17:5). En ambas situaciones *Él se distinguía de los otros hombres*, es decir, de todos a cuantos Juan bautizaba y de aquellos hombres de Dios como Moisés y Elías, algo indicativo de que Cristo era totalmente *único*. Además, en este evangelio se cita el testimonio de Isaías relacionado con el Siervo de Dios. El Señor Jesús era el siervo escogido, el Amado en quien Dios tenía contentamiento (Mateo 12:18). Como el pueblo de Israel había fracasado en el servicio a Dios, entonces vino Cristo como el Siervo perfecto para satisfacer la voluntad de Dios (ver Salmos 40:8).

Resulta sorprendente encontrar una expresión similar en Mateo 11:26 (comparar con la traducción de Darby de la Biblia: «porque ha sido agradable a Tus ojos»). Y es especial porque este pasaje habla de *las consecuencias del rechazo del Mesías*. Dios no solo sabía ya que su siervo sufriría y sería

rechazado por Israel y las naciones, sino que, en el camino del oprobio, la voluntad de Dios sería al mismo tiempo satisfecha. El Siervo de Yavé, que en vano se esforzó por recuperar a Jacob y volver a reunir a Israel para Dios, sería puesto como *luz de las naciones* (Isaías 49:4-6). La salvación de Dios llegará hasta los confines de la Tierra.

Dios se complace en hacer extensa Su salvación a toda la gente, es decir, a todos los trabajados y fatigados con pesadas cargas que, como resultado, buscan amparo en Cristo. El Mesías rechazado se convierte así en el objeto y el centro de atracción de todos los que Él quiera reunir en uno. La primera parte de Mateo 11 nos muestra claramente que el Señor Jesús —como Juan el Bautista— fue rechazado por la nación israelita. Por lo tanto, tuvo que pronunciar el juicio sobre las ciudades en las que no cosechó ningún fruto a pesar de Su trabajo. Sin embargo, como prueba de la perfecta humanidad del Señor, aquí no hallamos ninguna señal de protesta en relación con el camino de rechazo y humillación que tuvo que soportar, sino todo lo contrario: se humilló y se sometió por completo a la voluntad del Padre, y pese a estas circunstancias difíciles y decepcionantes Él le dio alabanzas (Mateo 11:25).

El Señor vino a lo Suyo (es decir, al pueblo de Israel); pero quedó muy claro que los Suyos no lo recibirían (Juan 1:11). Esto lo aceptó como algo que provenía de la voluntad del Padre, y con

gusto tomó el camino del dolor para que la salvación de Dios llegara a *todos los pueblos y naciones*. Fue en aquellos momentos, concretamente, cuando tuvo que pronunciar el «ay de ti» sobre las ciudades que no se habían arrepentido, y en los que Él *dio gracias* al Padre por haber escondido estas cosas de los sabios y entendidos de Israel y revelárselas a un residuo bastante insignificante del pueblo (Mateo 11:25; 16:17). Aquellos que le recibieron son descritos aquí como «hijitos» que conocían al Padre y tenían el oído atento a las cosas que Él les quería revelar. El término es un ejemplo, primero, de que tenían *la fe de un niño* y habían nacido de nuevo, y en segundo lugar nos habla de la posición que ocupaban de insignificantes en comparación con los líderes poderosos de la nación.

Así pues, el Señor aceptó el hecho de que el pueblo de Israel había rechazado a su Mesías y que a resultas de ello se aplazara el Reino prometido. Este trato recibido no lo encajó de mano de los hombres, sino de la mano del Padre: «Sí, Padre, porque así pareció bien a Tu vista» (Mateo 11:26 V.M.). El plan de Dios sería consumado por medio de la cruz y de la resurrección. De esta manera sería como se iban a realizar Sus propósitos: la Iglesia se formaría por creyentes de procedencia hebrea y gentil, tanto de Israel como de las naciones. La Iglesia del Dios viviente se edifica en el momento actual en que dura el tiempo de la gracia, y lo hace sobre Cristo la Roca, el Hijo del

Dios viviente (Mateo 16:16-18; 1.<sup>a</sup> Timoteo 3:15).

El establecimiento del Reino es aplazado. Mientras tanto, adopta una forma misteriosa durante el tiempo en que el Rey está ausente, lo cual se describe con más detalle en Mateo 13. No es nuestro papel instaurar el Reino por la fuerza, puesto que es de naturaleza *espiritual* y nosotros, como cristianos, luchamos con *armas espirituales* (cf. Romanos 14:17; 2.<sup>a</sup> Corintios 10:4). Un día que está por llegar este Reino se manifestará con poder y gloria, una vez que la Iglesia haya sido llevada a la gloria. Entonces, el pueblo de Israel se arrepentirá y se postrará ante el Rey ungido que viene en el nombre del Señor (Mateo 23:39). Los planes de Dios son infalibles y finalmente el Señor Jesús recibirá el honor que merece, de parte también del pueblo terrenal Israel.



## 2. EL HIJO REVELA AL PADRE

**En este segundo capítulo observamos las importantes consecuencias que tuvo el rechazo del Señor como el Rey prometido. El Hijo revela el Padre a todo aquel que por la fe viene a Él.**

*«Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar».*

Mateo 11:27

## 2.1. Todas las cosas me han sido entregadas

El Señor añadió más a sus acciones de gracias, y es que todas las cosas le han sido entregadas por el Padre, aunque pudiera parecer algo distinto de la realidad. El rechazo del Mesías por parte de Su pueblo propició que Dios determinara darle al Señor una gloria aún mayor. Esta idea viene expresada por las palabras de Señor: «Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre» (Mateo 11:27). Cristo es rechazado temporalmente como Rey sobre el monte santo de Sión; pero como Hijo del Hombre es glorificado a la derecha del Padre, lo cual significa que *todas las cosas* son puestas bajo Sus pies (ver citas del Salmo 8:6 en 1.<sup>a</sup> Corintios 15:27, Efesios 1:22-23 y Hebreos 2:7-9).

En el evangelio de Juan, el amor del Padre por el Hijo constituye el motivo para hacer del Hijo el Centro de todo: «El Padre ama al Hijo, y todo lo ha entregado en Su mano» (Juan 3:35). El pasaje



de Mateo se ciñe a lo que acabamos de decir, ya que allí leemos acerca de las delicias del Padre de las que el Hijo es el Objeto. Vemos también algo acerca de la relación íntima entre el Padre y el Hijo: «Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo» (Mateo 11:27). Menos mal que el versículo no se detiene en estas nobles palabras, pues termina diciendo: «...y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». Hay que reconocer que Cristo fue rechazado como el Mesías que vino a Su pueblo, pero sin embargo Él ha reunido un círculo de seguidores, una compañía de «hermanos» que son hijos del Padre.

¡Alabemos al Señor por que Su obra nos haya permitido conocer el *nombre del Padre* y poder adorarle en espíritu y en verdad! En medio de Su Iglesia, Cristo eleva una nota de alabanza y dirige las cánticos de acciones de gracias y la adoración al Padre (Hebreos 2:12). En la Tierra Él les había declarado a los discípulos el nombre del Padre (Juan 17:6,26); pero después de Su resurrección hizo que entraran en la realidad de disfrutar de esta nueva relación (Juan 20:17). Él es el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29), la Cabeza de una nueva generación y de la familia de los hijos de Dios.

## **2.2. El conocimiento del Padre y del Hijo**

De manera que Mateo 11 también nos muestra el ministerio del Hijo en el tiempo de Su rechazo

por parte del pueblo terrenal. La era mesiánica queda aplazada, por lo que los tiempos de refrigerio y la restauración de todas las cosas no verán su amanecer antes del retorno de Cristo (Hechos 3:19,21). Hasta entonces, Dios ha preparado a Su diestra en el cielo un lugar para el Rey rechazado, y Sus seguidores, que constituyen Su pueblo *celestial*, se suman al Señor en el cielo mediante el vínculo unitario del Espíritu Santo. Esto explica que durante un tiempo Él no vaya a ocuparse del gobierno mesiánico, sino que todo tenga que centrarse en la revelación que hace del Padre y en la comunión entre ambos, así como en la paz que resulta de todo ello para el corazón. Dado que el Hijo ha revelado el Padre a aquellas almas fatigadas —pecadores que acuden a Él confesando sus culpas— es posible para ellas la comunión con Dios. Nuestra comunión la tenemos con el Padre y con el Hijo, basada en el perdón de los pecados y en el don de la vida eterna en Cristo, que es lo que nos proporciona un gozo completo. (1.<sup>a</sup> Juan 1:1-4).

En el Antiguo Testamento Dios habitaba en la oscuridad, en lo oculto de Su santuario, detrás del velo desde donde impedía que nadie se le pudiera acercar, a excepción de Moisés y el sumo sacerdote Aarón, a quien solo una vez al año, en el gran día de la Expiación, se le permitía entrar. Pero en virtud del sufrimiento y la muerte de Cristo hay ahora libre entrada hasta Dios en el sanctasanctorum para todo aquel que cree. El velo

ha sido rasgado y los cielos están abiertos (Hebreos 10:19-22). En Cristo conocemos a Dios como nuestro Padre, quien nos predestinó a ser también hijos para Él (Efesios 1:5). Permanecemos en Su presencia santos y sin mancha en Cristo, y nos regocijamos en los caminos de Dios y en Sus consejos de gracia y amor eternos. Tenemos comunión con el Padre y conocemos Su corazón amoroso. En nuestra comunión con el Hijo participamos de las delicias que el Padre halla en Su Amado. El Padre nos ha dado al Hijo y estamos inseparablemente unidos a Él.

Dios había sido conocido en el Antiguo Testamento como el Dios único y verdadero. Pero en el Nuevo Testamento se revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se ha dado a conocer en lo esencial de Su ser. El Hijo reveló el Padre durante Su vida en la Tierra y continúa exponiéndonos desde el cielo esta revelación mediante el ministerio del Espíritu Santo. No solo fue el Rey de Israel, sino también el *Hijo del Padre*. Solamente podemos llegar a conocer el Padre a través de Él, quien es el Camino: «Nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6).

Así es como encontramos la paz para nuestras almas: a través de Cristo descansamos en el amor del Padre. En Cristo, Dios ha llegado a ser nuestro *Padre*, y a través también de Cristo somos los hijos amados por Dios, hijos que debido a esta filiación serán llevados a la gloria. Antes nos inclinábamos bajo el yugo de nuestros pecados que nos hacía

más pesada nuestra carga por medio de la ley, dado que esta nos condenaba y nos tenía bajo maldición por causa de nuestras transgresiones. Sin embargo, Cristo nos ha redimido y nos ha liberado de su maldición. Como seguidores suyos solo tenemos que asumir Su *fácil* yugo y *ligera* carga. Tenemos en perspectiva un cielo abierto desde que Él nos ha precedido en Su marcha para preparar un lugar para los Suyos en la casa del Padre.

### 3. SEGUIMOS A UN SEÑOR RECHAZADO

**En este tercer capítulo consideraremos otro aspecto de la vida en el ínterin de la primera y segunda venida de Cristo. Seguimos a un Rey rechazado y compartimos Sus sufrimientos.**

*«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga».*

Mateo 11:28-30

### 3.1. Venir a Cristo

El final de Mateo 11 muestra un precioso equilibrio entre la elección divina y la oferta de la gracia. Primeramente vemos la elección según la voluntad del Hijo: «(...) aquel a quien el Hijo [esto es el Padre] lo *quiere* revelar» (cfr. cap. 2 de este escrito). No obstante, continúa la amable invitación a aquellas almas cansadas de sus pecados: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:27-28).

La llamada de Cristo se dirige a todos los que están fatigados y cansados y buscan la paz para su conciencia. Todos estamos invitados a venir a Cristo con la carga de nuestras culpas y pecados, de nuestras dificultades y problemas, y dejarlo todo a Sus pies. Él hizo la paz mediante la sangre de Su cruz (Colosenses 1:20).

Así, cuando hemos hallado en Cristo la paz y el descanso venimos a ser Sus discípulos y apren-

demos de Él. Pertenece al Rey rechazado, caminamos con Él y tomamos Su yugo sobre nosotros. En lenguaje figurado, llevar el yugo proviene de la agricultura. Al israelita no se le permitía uncir animales desiguales (cfr. Deuteronomio 22:10; 2.<sup>a</sup> Corintios 6:14). Esta figura de Mateo 11 la utiliza el Señor para enseñarnos que el discípulo, en su camino, debe guardar el paso con el Maestro y ser como Él. Esta es la manera en que hemos de caminar, en aprendizaje bajo el mismo yugo, lo que también nos hace compartir Su oprobio. Él es manso y humilde de corazón, y está esperando el momento que el Padre le indique en que recibirá el reino que le pertenece por derecho. Nosotros lo esperamos junto con Él, sin hacer valer ninguno de nuestros «derechos», sino llevando el yugo que el Maestro ha dispuesto para nosotros. En las circunstancias más difíciles hallamos descanso para nuestras almas y proseguimos con regocijo nuestro camino llevando Su paz en el corazón, porque su yugo es fácil y su carga es ligera.

### **3.2. David fue hecho jefe de ellos**

Con relación a lo dicho, quisiera establecer algunos paralelos con la vida y el tiempo del rey David (cfr. 1.<sup>o</sup> Samuel 22:1-2). David no recibió el trono hasta mucho después de que Samuel le hubiera ungido rey. En este ejemplo, él es una figura de Cristo, quien ha recibido el *derecho* al

trono; sin embargo, no puede ejercer aún su oficio manifiestamente, ya que Cristo sigue siendo todavía el Rechazado. El mundo le ha arrojado fuera y le alzó en aquella cruz, y la propia nación rehusó aceptarle. Los judíos no quisieron que reinara sobre ellos, pero mientras tanto Cristo está exaltado a la diestra de Dios en el cielo en una posición sobre todo principado, señorío, poder y dominio, y sobre todo nombre que se nombra (Efesios 1:20-22). Él es el Rey de reyes y Señor de señores; este es Su lugar legítimo, pero la manifestación de dicho poder solo será visible cuando Él vuelva (Apocalipsis 19:11-16).

El hecho de que David hubiera tenido que huir porque el tiempo de asumir su gobierno aún no había llegado supuso el momento en que se convirtió en el capitán y el centro de una numerosa y fiel compañía de seguidores. Lo mismo sucede con Cristo, que aunque rechazado tiene a los que son Suyos y están estrechamente unidos a Él. Constituye el Centro de los discípulos que ha escogido y ha atraído hacia Sí (Juan 12:32). En la vida de David esto es anunciado en el pasaje de 1.º Samuel 22, donde sus hermanos vinieron a verle en la cueva de Adulam, pero también los afligidos, los que tenían deudas y los descontentos. En la primera categoría tenemos la figura de quienes ya conocen al Señor y saben que Él los llama Sus hermanos, debido a la obra consumada de la redención (cfr. Salmo 22:23; Juan 20:17). El segundo grupo se componía de aquellos que se



vieron impulsados a acudir a David por necesidad. Aquí tenemos a todos los que escuchan la llamada del Salvador y aceptan su amable invitación: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28).

Es de notar que, justo el evangelio de Mateo, que le representa como el Rey rechazado, muestra también a Cristo como Centro de todos los que buscan amparo en Él. Tiene un número de seguidores a quienes les revela el *nombre del Padre*. Por el momento, no se ocupa de afirmar Sus derechos reales, sino que se encarga de reunir un pueblo sacado de Israel y de las naciones para darles a conocer el nombre del Padre: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mateo 11:27; ver también Juan 17:6,26). Esta es la obra de Su gracia que, actualmente, se lleva a cabo por el Espíritu Santo que Él envió a la Tierra. El Espíritu nos revela la gloria del Padre y del Hijo, uniéndonos como los hijos de Dios alrededor de Cristo el Señor. En Mateo 18:20 observamos que el Señor es el centro divino para Sus seguidores, que se reúnen a Su nombre. Formamos un pueblo separado del mundo, una compañía celestial, así como una familia de sacerdotes. Descansamos en la presencia de Dios y nos inclinamos colectivamente en adoración ante Dios y el Cordero.

Del modo en que David no era solo el *centro* de atracción de quienes le seguían, sino además

su *jefe*, nuestro Señor y Salvador, aparte del *Centro*, es también el *Líder* de todos aquellos que le pertenecen (Hebreos 12:2). Si permanecemos delante de Su presencia, estaremos preparados para salir de ella en Su nombre. Toda la preparación que necesitamos para la tarea que nos envía a realizar en el mundo es permanecer cerca de Él. En lo que se refiere a los discípulos, se escribe de ellos que Cristo los llamó para:

- (1) estar cerca de Él;
- (2) enviarlos a pregonar el Evangelio (Mat. 3:14).

David se había convertido en su líder, en el general de todos quienes encontraban refugio en él. Y Cristo no solo es el Salvador, sino también el Maestro y Señor de todos los que se le han acercado, quien tiene autoridad sobre nosotros y quiere conducirnos en las batallas que tenemos que librar en Su nombre.

Los discípulos, que habían estado con Él, llegaron a ser unos héroes con coraje y unos testigos valientes de su Señor. Sus enemigos tuvieron que reconocer que «habían estado con Jesús» (Hechos 4:13). La vida en presencia del Señor imprimió en ellos una huella que se manifestaba en la lucha espiritual que habían de continuar. Los seguidores de David aprendieron de *él* y se transformaron en *héroes* valientes tras abandonar el desánimo. Esto mismo ocurre a todos aquellos con problemas y dificultades que se amparan en Cristo. Al aprender de Él, somos transformados a Su imagen y salimos

reforzados cada vez más de nuestras batallas. Formamos el «ejército» de Dios en la Tierra que recibe la orden del glorificado Señor, Vencedor del Maligno y que le ha derrotado con Su propia espada. Nosotros peleamos en nuestra batalla *espiritual* fortalecidos por Él y obtenemos la victoria para honrar a quien ha matado Sus diez miles. Sí, somos más que vencedores a través de Aquel que nos amó (Romanos 8:37).

Observamos en las Escrituras que día a día los héroes de David se unían a él con el fin de ayudarlo. Llegaron a formar una gran tropa semejante al ejército de Dios (1.º Cr. 12:22). Eran valientes como leones y ágiles como las gacelas de los montes. Se inclinaban ante la autoridad de David y le ayudaron a llegar al trono (1.º Cr. 11:10). Aunque todavía no había establecido el reino en Israel, ellos fueron los primeros que se pusieron bajo la autoridad de David. También contribuyeron decisivamente a la hora de que se reconociera su autoridad en el pueblo de Dios y en las naciones vecinas.

Esto tiene una aplicación para nosotros: cuando nos sometemos a la autoridad que se debe a Cristo, durante el tiempo de Su rechazo, pertenecemos a Su ejército de héroes que pelean por el honor de Su nombre. Como Señor nuestro Él quiere guiarnos por medio de su Palabra y por el Espíritu de Dios, si bien no ha llegado todavía el momento en que se manifestará públicamente Su reinado. ¿Seguimos nosotros a nuestro Señor celestial?



#### 4. ¿NO HABÉIS LEÍDO LO QUE HIZO DAVID?

**En el cuarto capítulo, consideraremos los *privilegios* que disfrutamos como creyentes como resultado de habernos sumado a un Señor rechazado que tomó Su lugar a la diestra de Dios en el cielo. David también gozó de privilegios especiales durante el tiempo de su rechazo. Es el ejemplo sobre el que deseamos reflexionar: «¿No habéis leído lo que hizo David?»**

*«Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comió de los panes de la proposición, que no le era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes?»*

Mateo 12:3-4

#### **4.1. La libertad con la que Cristo nos hizo libres**

¿Estaba permitido recoger espigas en sábado? Los fariseos quisieron prohibir a los discípulos del Señor Jesús que comieran las espigas maduras del campo en sábado. Sin embargo, el Señor salió en defensa de sus acciones poniendo un ejemplo de la vida de David.

Esto nos muestra, en primer lugar, en qué alta consideración tenía el Señor el Antiguo Testamento. Siempre se dejó guiar en todo por la Palabra de Dios. Vivía de ella y la amaba, y quería que los demás también la consideraran su modelo. Como hacía en otras ocasiones, Cristo recurría a la Escritura que dice: «¿No habéis leído?». En otras palabras, los fariseos podrían haberlo sabido si hubieran leído con más atención la Palabra de Dios. El apóstol Pablo reprende a los gálatas, que también tenían una vena legalista: «Los que queréis estar bajo la ley; ¿no habéis oído la ley?»

(Gálatas 4:21). Podrían haber superado su problema del legalismo si hubieran prestado más atención a la ley y si se hubieran tomado en serio las enseñanzas de las Escrituras. Nosotros, los discípulos del Señor, podemos vivir en la libertad con la que Cristo nos hizo libres.

En segundo lugar, es importante tener en cuenta que el Señor se comparó con Su antecesor, el rey David. Por un lado, trazó un paralelismo entre David y sus hombres, y por otro lo hizo con Él mismo y Sus discípulos. No se trataba de ninguna coincidencia, pues en el previo capítulo Él había sido presentado como el Mesías rechazado (ver Mateo 11:16-25). David había seguido, igualmente, un camino de desprecio y dolor cuando huía de Saúl y buscaba refugio en el santuario de Nob (cfr. Mateo 12:3-4; 1.º Samuel 21). Aunque era el ungido de Dios, la senda al trono era larga y pesada. El camino de David, plagado de luchas, es una sorprendente figura del Siervo sufriente de Dios, y en los que seguían a David tenemos un ejemplo de los discípulos de Cristo que le siguieron en el camino de Sus padecimientos.

## **4.2. El alimento del santuario**

David cuidaba de sus hombres valientes igual que Cristo cuida de aquellos que le pertenecen. Entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, así como comieron quienes le acompañaban. La libertad de que disfrutaban esos hom-

bres es una bella ilustración de la *libertad cristiana* de hoy. Durante el tiempo de Su rechazo, el Señor nos da un lugar en el santuario celestial, donde poseemos una posición y nuestra porción como sacerdotes (cfr. Hebreos 10:19-22; 1.<sup>a</sup> Pedro 2:5; Apocalipsis 1:6).

Lo que David y sus hombres hicieron estaba reservado solamente para los sacerdotes. Cada sábado, en el tabernáculo, se colocaban nuevos panes de la proposición en la mesa y luego los sacerdotes comían en lugar santo el pan que había permanecido durante una semana en la mesa de la proposición (Levítico 24:5-9). Era la comida *sacerdotal*, el alimento del lugar santo. Los panes, que estaban cubiertos con incienso puro, representaban las doce tribus de Israel. Cuando Dios veía los panes pensaba en su pueblo y lo trataba con benevolencia. Con ese mismo agrado Dios ve a todos Sus hijos, porque en Cristo somos santos y sin mancha delante de Él, aceptos en el Amado (Efesios 1:3-6). En el lugar santo, la mesa llevaba los panes de la proposición, y Cristo nos lleva a nosotros hasta la presencia de Dios como un pueblo celestial. En él somos santos y somos guardados como amados hijos de Dios. ¡Qué verdad más maravillosa! Como sacerdocio santo debemos alimentarnos de esta gran verdad de lo que somos en Cristo delante de Dios, unidos con el que fue rechazado en la Tierra pero exaltado por Dios a Su diestra en el cielo.



Con este ejemplo, Cristo justificaba las acciones de los discípulos. Eran libres para comer espigas en sábado, del mismo modo que los hombres que acompañaban a David tenían la libertad —es muy probable que también lo hicieran en sábado— para comer del alimento consagrado del santuario. Pero existe una diferencia: las espigas no formaban un pan completo aunque constituyeran la base esencial. Las espigas nos traen a la memoria la *vida* que brotó de la muerte de Cristo, el fructífero grano de trigo que penetró en la tierra y murió (Juan 12:24-25). Él es las primicias de entre los muertos y nosotros hemos resucitado a la vida *con Él*. Su vida es verdadera comida para nuestras almas cuando disfrutamos de la libertad —que la ley mosaica no daba ni tampoco podía— de alimentarnos espiritualmente de la nueva vida en Cristo, de la verdadera vida de resurrección.

### 4.3. La espada del santuario

David no solo tomó el *alimento*, sino también el *arma* que se encontraba en el lugar santo: la espada del filisteo Goliat (1.º Samuel 21:9). Aunque el Señor no aluda más a este hecho en Mateo 12, creo que podemos aprender otra enseñanza extraída de la permanencia de David en Nob. Al fin y al cabo, no se trata solo del alimento que nutre nuestra vida nueva, sino también del arma que nos permite luchar contra el enemigo. Esta arma es la que se encuentra en el lugar santo, a la que

nada se iguala y que responde perfectamente a los requisitos de Dios en cuanto a la justicia y a la santidad.

¿Qué representa para nosotros esta arma? Era el trofeo que David había obtenido al privar de ella al gigante Goliat tras haberla utilizado para darle muerte (1.º Samuel 17:51,54). Había pertenecido al filisteo, pero ahora era de David. Tal fue el triunfo de Cristo sobre Satanás, quien *tenía* el poder de la muerte. La sepultura y la muerte constituían las armas de este poderoso enemigo (Hebreos 2:14). ¿De qué manera le asestó Cristo el golpe mortal? Entrando Él mismo en la muerte y venciendo al diablo con Su propio armamento. A partir de aquel instante, el poder de la muerte está en manos del Señor resucitado, quien tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:18).

Además, observamos otra aplicación espiritual, y es que Cristo nos hace partícipes de los resultados de Su victoria y pone esta arma en nuestras manos —los hombres de David sentían la misma seguridad cuando este manejaba la espada—. Así pues, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Cristo para que también la *vida* de Jesús pueda manifestarse en nuestros cuerpos (2.ª Corintios 4:10). Y ya que hemos muerto con Cristo, nuestros miembros terrenales también tienen que estarlo donde el poder del enemigo continúa activo (Col. 3:5). Así pues, por un lado tenemos la necesidad de alimentarnos para nutrir la nueva

vida, y por otro necesitamos un *arma* poderosa para matar las obras de la carne. Es bueno saber que nuestro Señor, el verdadero David, hace provisión de estas necesidades tan importantes.



## 5. LOS CINCO PRINCIPIOS DE LA NUEVA DISPENSACIÓN

**Para concluir nuestro estudio veremos, en este último capítulo, las ricas bendiciones que poseemos como cristianos, pero también las responsabilidades no menos importantes que acompañan la época que nos ha tocado vivir, entre la venida de Cristo en Su humillación y la segunda venida. Todo tiene que ver con los cinco principios de la nueva dispensación.**

*«¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanaban el día de reposo, y son sin culpa? Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo».*

Mateo 12:5-8

## 5.1. Un nuevo sacerdocio

Los ocho primeros versículos de Mateo 12 contienen cinco principios o normas de conducta para los cristianos de esta dispensación, en la que el Señor es rechazado por el pueblo de Israel, igual que Su precursor, Juan el Bautista, lo fuera mucho antes (véase la conexión con Mateo 11). Salvo el primero, que ya tocamos en el capítulo 4, estudiaremos los otros principios subsiguientes. Podemos resumir diciendo que Jesús y Sus seguidores actúan como *sacerdotes* en el santuario celestial durante el tiempo de Su rechazo, de igual forma que David y sus hombres entraron en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición (1.º Samuel 21:1-9; Mateo 12:3-4). En Mateo 12 leemos acerca del alimento de las *espigas*, una figura de la resurrección del Señor de entre los muertos (Juan 12:24; 1º Corintios 15:20-23).

Los creyentes que pertenecen a la Iglesia tie-

nen una vocación celestial. Tenemos libertad para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesús, así como un Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios. El lugar santísimo es nuestro «refugio» y allí, en la presencia de Dios, podemos alimentarnos de Cristo, el Señor resucitado y glorificado. Él es el alimento del santuario. Los panes de la proposición nos hablan también de la posición celestial que tiene la Iglesia. Los doce panes simbolizan el pueblo de Dios, que Cristo ha aceptado y sostiene en Su presencia.

## **5.2. Una nueva perspectiva: el descanso de Dios**

En Mateo 12:5 vemos que el Señor toca un tema al que nos referimos a veces como el «sacerdocio de todos los creyentes». Vuelve a comparar a los discípulos con los sacerdotes, a quienes se les permitía cumplir con su servicio en el santuario incluso en sábado. Realizaban su trabajo profanando este día, pero sin embargo no se les imputaba ninguna culpa. Después de todo, la voluntad de Dios era que se trajeran ofrendas especiales en sábado, sobre todo el holocausto continuo (Números 28:9-10). Los sacerdotes trabajaban en el templo ese día señalado y su cometido no sufría ningún impedimento. De la misma manera los discípulos *no eran culpables* cuando recogían espigas y las comían en sábado, siempre que no transgredieran los mandamientos del Señor. Esto nos enseña que las leyes del sábado no son váli-

das en esta actual dispensación. Al principio del cristianismo hubo debates muy intensos acerca del asunto de si los creyentes salidos del paganismo debían someterse a la ley de Moisés, una cuestión que se atajó cuando llegaron a la determinación de que ellos no tenían por qué cargar con ese yugo (Hechos 15:1-29). Sin embargo, es necesario dar aquí una aplicación espiritual. Nosotros disfrutamos de un descanso sabático en el sentido que «descansamos» de haber vivido en el pecado. Estamos muertos al pecado y vivos para Dios, andando en *novedad* de vida. El resto de la *nueva creación* sustituye el descanso sabático original del jardín del Edén que el pecado interrumpió.

En segundo lugar, somos *sacerdotes* y tenemos como nuestro el privilegio de entrar en el lugar santísimo en sábado, es decir, entramos a la presencia de Dios por el Espíritu y gozamos de Su descanso en virtud de la obra consumada de Cristo (Hebreos 4:8-11). Tenemos paz con Dios y gozamos de la paz de Dios (Romanos 5:1; Filipenses 4:7). El descanso sabático que queda para el pueblo de Dios es también una referencia profética al descanso futuro que habrá durante el reinado milenario de Cristo.

### **5.3. Un templo nuevo para el servicio**

El tercer principio es también de suma importancia. El servicio judío del templo es sustituido por el servicio cristiano, que no está limitado por



ninguna época o lugar en especial. Adoramos el Padre en espíritu y en verdad (Juan 4:23-24), y podemos llevar *continuamente* ofrendas a Dios, es decir, el fruto de nuestros labios que dan gracias a Su nombre (Hebreos 13:15).

Cristo podía decir de Sí mismo, al ser Dios y Hombre a la vez: «Uno mayor que el templo está aquí» (Mateo 12:6). Él era más que Salomón, quien había edificado el templo (Mateo 12:42). En Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Juan 2:21; Colosenses 2:9). El templo de Su cuerpo habla también de la Iglesia, que en esta dispensación es Su «cuerpo» en la Tierra y morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2:20-22), lo cual sustituye cualquier templo terrenal hecho por *manos* humanas.

#### **5.4. Una nueva regla: mostrar misericordia**

El cuarto principio de la nueva dispensación es: «Misericordia quiero y no sacrificio» (Mateo 12:7a). El legalismo siempre tiene como objetivo condenar a quienes *no son culpables* (Mateo 12:7b). Al fin y al cabo, todas las cosas son puras para los puros (Tito 1:15). Una postura condenatoria hacia los demás suele ir acompañada de la prepotencia de los supuestos líderes religiosos y de sus derechos, algo que constatamos en los evangelios (cfr. Lucas 18:9-14).

Esta palabra del Señor sobre la necesidad de mostrar misericordia es una cita del profeta Oseas: «Porque misericordia quiero y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos» (Oseas 6:6). El Señor también citó este pasaje cuando llamó a Mateo, el recolector de impuestos (Mateo 9:13). Cristo no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

Nosotros también tendríamos que mostrar misericordia hacia quienes nos rodean, dado que todavía es el tiempo de la gracia. Podremos mantener una apariencia de todo tipo de normas y presentar nuestras ofrendas como se le prescribía al judío religioso, pero sin embargo estas cosas no van a tener ningún valor para Dios *si no van acompañadas de una actitud de auténtico amor, empatía y misericordia.*

### **5.5. Otra gloria del Rey: Jesús es el Señor**

El Señor tiene una autoridad infinitamente mayor a la hora de hablar que la del legislador Moisés, que había conducido al pueblo de Israel fuera de Egipto (cfr. Hebreos 3:3). Sentó otro quinto principio en Su confrontación con los fariseos, y que además es una profecía: El Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado (Mateo 12:8). ¡Jesús es el Señor! Este es también el testimonio que dan los apóstoles en el libro de los Hechos (Hechos 2:36; 5:31; 10:36), y quienes estaban en su contra pudieron darse cuenta de que habían estado con Jesús

(Hechos 2:36; 4:13; 5:31; 10:36; 17:7).

El Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado. Él, como nuestro Salvador y Señor, establece las reglas para nuestra conducta de creyentes, unas pautas cristianas que encontramos con todo detalle a lo largo del Nuevo Testamento.

El hecho de que el Hijo del Hombre sea el *Señor del sábado* es a la vez una referencia a Su Reino milenario, en el que «toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:10-11). Es Señor y heredero de todo (Hechos 10:36; Efesios 1:22). En Su segunda venida se manifestará en toda Su majestad, y entonces amanecerá un verdadero sábado para el pueblo de Dios y la creación entera. ¡Qué gloriosa perspectiva!